

sentáos y dad el ejemplo al señor Francis Osbaldistone llenando vuestro vaso. He hecho ya los honores á la cena para sostener la reputación de la familia.

Rashleigh tomó asiento y escanci6 para beber, mirándonos á uno y otro con tal disimulo é inquietud que, á pesar de sus esfuerzos, no logró ocultar aquellos por completo. Buscaba, á lo que me pareció, asegurarse del punto hasta el cual ella habia depositado en mí sus confianzas. Apresuráme á provocar conversación acerca del preindicado tema, á fin de quitar del espíritu del joven todo motivo de recelo tocante á la divulgación de los secretos que poseían en común.

— Caballero, — dije, — miss Vernon me ha recomendado tributaros gracias por la rápida conclusión del asunto Morris, y temiendo, injustamente por cierto, que mi gratitud no fuese igual á la importancia del servicio, ha querido estimularla con la curiosidad, remitiéndome á vos para obtener la relación, ó mejor la explicación de los incidentes de esta mañana.

— ¡ Ah! ¿ De veras? — contestó. — Creía que la señorita se hubiera hecho intérprete de ella.

Apoyó esta frase con una mirada inquisitiva que lanzó sobre Diana, y después sobre mí, significando, á las claras, que sólo fiaba en sí propio al apreciar la veracidad de mis palabras. En tanto que la joven respondía á dichas miradas con otra de no disimulado desprecio, quedé fluctuando entre dos partidos: el de desviar manifiestas sospechas, ó el de presentarme ofendido ante ellas.

— Si os parece bien, caballero, — repuse, — como ha parecido á miss Vernon, dejarme en la ignorancia, fuerza será resignarme á ello. Mas, ¡ por favor! que la idea de que se me han dado ya aclaraciones no os haga guardar silencio! Os declaro, bajo palabra de honor, que se me alcanza tanto como á ese retrato de los acontecimientos de que he sido testigo hoy, sabiendo sólo, y así se lo he declarado á la señorita, que os habéis portado conmigo de la manera más bondadosa.

— Se han exajerado mis humildes esfuerzos — dijo Rashleigh, — aunque no me haya faltado celo. Vais á saber la verdad.

Yendo en busca de uno de los nuestros, que pudiera, con mi auxilio, prestar fianza (medio el más eficaz, y me atrevo á decir el único que me sugiriera el trastorno en que me sentia,) dí con el Cawmel, Calvele, Campbell ó algo por el estilo. Había ya sabido, por Morris, que él se halló en aquellos lugares en el momento del robo, y tuve la fortuna de inducirle á declarar (no sin algun trabajo,) en favor vuestro, lo que deberia bastar, en mi concepto, para sacaros de una situación desagradable.

— En tal caso, debo de estaros muy reconocido por haberme procurado testigo tan á tiempo y tan favorable. Pero no me explico por qué, si aquel hombre compartió, como lo lamenta, la desventura de Morris, ha sido necesario tanto esfuerzo para decidirle á facilitar el descubrimiento del culpable y la rehabilitación de un inocente.

— Desconocéis, caballero, el carácter de las gentes de su pais. La discreción, la prudencia y la previsión son sus cualidades principales, sólo desnaturalizadas por un patriotismo estrecho y ardiente: centinela avanzado de los triples antemurales tras los que se cobija todo escocés para rechazar los asaltos de generosa fraternidad. Triunfañ de semejante obstáculo, y ya se presenta otro más difícil de dominar y más inveterado: el amor á su provincia, á su pueblo, á su *clan*. (1) Tras de éste obstáculo tropezaréis con un tercero: su abnegación por la familia propia; por sus padre, madre, hijos, hijas, tios, tias y primos hasta el grado noveno. Tal es el circulo en que se concentra toda la sensibilidad social de un escocés, y, mientras en él se desahoga, no aspira á extenderse fuera del mismo. Tal es el circulo en que palpita su corazón, debilitándose cada latido hasta un extremo en que se vuelve casi insensible. Y, en fin, lo peor está en que, despues de escaladas tan múltiples fortificaciones, os halláis en frente de una ciudadela interior, la más alta, resistente y formidable de todas: el amor de un escocés á sí propio.

(1) Tribu, en Escocia.

— La descripción rebosa elocuencia y metáforas; — dijo miss Vernon, que había escuchado con visible impaciencia. — Me permitiré, únicamente, dos objeciones: en primer término, que no es exacta, y en segundo que, aun siéndolo, está fuera de sazón.

— He dicho la verdad, encantadora Diana, y una verdad que, al contrario de lo que creéis, no puede ser más oportuna. Si: es la verdad, lo repito, porque llevo hecho un profundo estudio del país y de sus moradores (no lo negaréis,) y el retrato que he hecho de uno y otros descansa sobre largas y escrupulosas observaciones. Por otra parte, mi digresión, lejos de ser un entremés, responde á la pregunta del señor Francis y le explica por qué el prudente escocés, no viendo en él ni á un compatriota, ni á un Campbell, ni á un primo, en ninguna de las superfetaciones que enredan su interminable genealogía, ni esperando sacar de su excursión provecho alguno, sinó, por el contrario, mucho tiempo que perder y muchos negocios que descuidar,...

— Con otras contrariedades de especie más temible... — interrumpió miss Vernon.

— Posible era, en efecto, que las encontrara; — prosiguió Rashleigh sin variar el tono. — En una palabra: creo haber demostrado cómo aquel hombre, no viendo en perspectiva más que obstáculos sin compensación, no podía dejarse convencer, sinó con repugnancia, de que debía declarar en favor del señor Osbaldistone.

— A tenor de la declaración de Morris, ó de lo que así se llama, — dije, — no aparece aludida la presencia de Campbell en el teatro del robo. ¿No es esto sorprendente?

— Campbell me ha dicho que había conseguido de Morris solemne promesa de no hablar de semejante circunstancia. Y la razón se os alcanzará fácilmente con lo que llevo explicado. Ansiaba Campbell regresar á su país, sin que le retardara ni impidiera el verificarlo una sumaria judicial, que se hubiera visto obligado á seguir, si su presencia en el lugar del robo hubiese sido conocida, mientras permanecía en este lado de la

frontera. No bien habrá salvado ésta, Morris volverá, estad seguro de ello, para declarar cuanto sepa de él, y quizá más de lo que sepa. Además, Campbell se dedica al comercio de ganado, en grande escala; á menudo se le ofrece ocasión para enviar numerosos rebaños al Northumberland, y, dado ese género de ocupaciones, no le tiene cuenta chocar con los ladrones del Condado, los hombres más vengativos que darse pueda.

— En cuanto á eso, no hay cuidado: — observó Diana con acento que parecía indicar algo más que un simple asentimiento.

— Que semejantes motivos son poderosos, — dije volviendo á la cuestión, — (supuesto que indujeron á Campbell á exigir el silencio de la víctima sobre el hecho de haber presenciado aquél el despojo,) lo comprendo en rigor; pero que Morris se dejara influir hasta el extremo de suprimir de su querrela un detalle tan grave, con seguro peligro de que se pusiera en duda su veracidad... ¡esto sí que me admira!

Rashleigh defirió á mi opinión y pareció sentir el no haber arrancado el secreto de semejante enigma al escocés. Después añadió, sobre la marcha:

— Veamos: ¿estáis bien seguro de que Morris no hizo, en su querrela, mención alguna de la presencia de Campbell?

— Me he enterado de ella muy aprisa; — dije, — pero abrigo la convicción de que no encierra nada parecido, ó de que la alusión es, en todo caso, tan velada, que habrá escapado á mi atención.

— ¡Ah! ¡Ya dimos en el quid! — replicó, sacando de mis últimas palabras, su opinión. — La cosa estaba reseñada, pero tan á la ligera, que se os ha podido escapar. En cuanto á la influencia de Campbell, se explica por el arte con que habrá explotado el terror de Morris. Este cobarde, según se me ha dicho, va encargado de cierta misión en Escocia, á donde pasa á llenar alguna comisión del gobierno; y como está dotado del valor de la sanguinaria paloma ó del magnánimo ratón, habrá tenido miedo de atraerse la mala voluntad de un matarife como Campbell, cuya sola presencia habria bastado á helar su misera sangre en las venas. Habréis podido observar que el tal Camp-

bell usa, en ocasiones, ciertas formas bruscas é impetuosas, algo de marcial en el tono y en las actitudes.

— Me ha chocado, en efecto, su expresión ruda y feróz, tan poco en armonía con su sosegado oficio. ¿Ha servido en el ejército?

— Si, ... es decir, no; pues hablando propiamente, no ha servido, yo creo; pero, como á la mayoría de sus compatriotas, le es familiar el uso de las armas. Allá, en sus montañas, no ven sinó armas, desde la infancia hasta la tumba. Por poco que conozcáis á vuestro tímido compañero de viaje, comprenderéis que, dirigiéndose á dicho país, evite toda suerte de disputas, mientras pueda, con cualquiera de sus habitantes. Pero retirémonos: veo que no sois muy amigo de la botella, y yo, como vos, respecto al particular, tampoco honro el nombre de Osbaldistone. Si queréis acompañarme, echaremos en mi cuarto, una partida de cientos.

Nos levantamos para despedirnos de miss Vernon, quien había manifestado, repetidas veces, su ánimo de rectificar las consideraciones de su primo. En el momento de abandonar la sala, la lumbré amortiguada produjo una viva llama.

— Señor Frank, — dijome la joven — sois bastante juicioso para cercioraros de lo que haya de justo ó de mal fundado en las indicaciones de Rashleigh sobre individuos tales como Campbell y Morris; pero, en lo relativo á Escocia, sabed que ha calumniado á todo un pueblo, y os ruego no concedáis crédito alguno á su opinión.

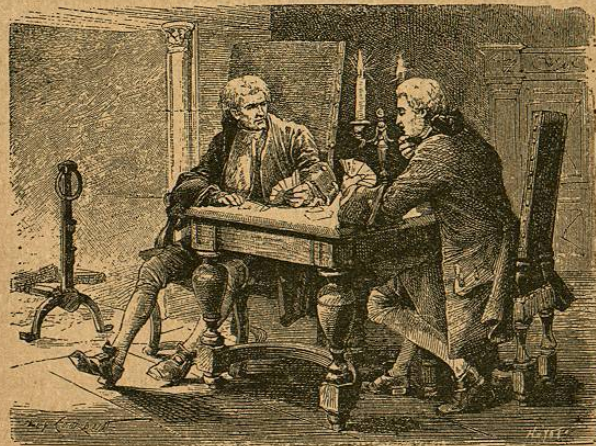
— Puede que me sea difícil obedeceros, miss Vernon, — contesté, — toda vez que... (fuerza es confesarlo,) he sido educado en ideas muy poco favorables á nuestros vecinos del Norte.

— Hacéos superior á tales prevenciones, caballero, y permitid á la hija de una escocesa que os suplique respetéis la tierra natal de su madre hasta tanto que hayáis juzgado, por vos mismo, si es ó no digna de vuestra estima. Reservad desprecio é ira para los intrigantes, los sirvientes y los hipócritas que halléis al paso, que bastantes hallaréis sin salir de Inglaterra. Adiós, señores: os deseo felices noches.

Y nos señaló la puerta con el ademán de una princesa que despide á su séquito.

Rashleigh me acompañó á su cuarto, al cual un criado nos trajo café y una baraja.

Había resuelto yo no dirigir al primero más preguntas acerca de los incidentes de la mañana. Su conducta parecíame envuelta en cierto misterio de un género poco honroso; mas, para ase-



gurarme de si mis sospechas eran ó no rondadas, era indispensable impedirle que se pusiera sobre aviso.

Después de cortar y dar naipes, la partida comenzó seriamente, y, aunque poco interesante el juego, noté que mi compañero desplegaba en él un carácter ardiente y ambicioso. Parecía conocer, del mismo, los recursos mil; mas, como si le fuera natural, prefería al método ordinario, las grandes jugadas peligrosas, y, descuidando los recursos leves y las contingencias mejor equilibradas, se aventuraba á todo, en la confianza de derrotar por completo al adversario.

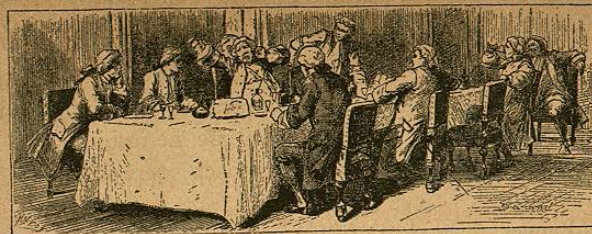
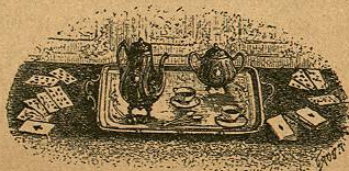
Desde que algunas partidas de juego, como la música en los intermedios de un drama, hubieron interrumpido el curso de

nuestra conversación, Rashleigh cansóse de jugar y; renunciando á los naipes, reanudamos el coloquio en el cual hizo casi todo el gasto.

Teniendo más instrucción que verdadero saber, mejor juez del espíritu de los hombres que de los principios de moral que deben dirigirlos, dominaba la palabra con un arte que en nadie más he observado. Poseyendo, á fondo, el conocimiento de sí mismo, se había estudiado con detención para sacar todo el partido posible de sus ventajas naturales: voz melodiosa, elocución fácil, elección feliz de modismos, lenguaje claro y juicioso, imaginación ardiente. No hablaba jamás recio, ni en tono arrogante; nunca pretendía imponer su modo de ver las cosas, hasta el punto de fatigar la paciencia ó el entendimiento de quienes le escuchaban. Sus ideas se sucedían unas á otras sin esfuerzo ni cansancio, como las aguas de un manantial abundante y generoso, muy al contrario de esos brillantes habladores de salón que se precipitan en la emisión de las suyas con el trastorno y el ruido de una presa de molino, agotando luego la corriente.

Había avanzado la noche, cuando pude sustraerme á los atractivos de una conversación tan seductora. De regreso en mi aposento, reproduje en mi recuerdo, y no sin cierta pena, el verdadero carácter del personaje, tal como me lo había representado antes de la entrevista.

Tal efecto ejerce en nosotros el placer, que oscurece nuestra percepción y embota nuestro juicio. No acierto á compararlo á otra cosa mejor que al sabor de ciertas frutas, dulces y ácidas á la vez, las cuales neutralizan el paladar hasta quitarle el gusto de los bocados que, acto seguido, se someten á la apreciación del mismo.



CAPÍTULO XI.

¿Por qué os veo tan pálidos, alegres amigos míos?
¿Por qué ese aspecto lúgubre? ¿Por qué bajar tan tristemente la cabeza en la quinta de Balweary?

Anónimo.

EL siguiente día caía en domingo.

Era uno de los más penosos para los habitantes del castillo. Después de la misa mayor, á que asistía con regularidad la familia toda, hubiera sido difícil precisar á cuál de los miembros de ella, excepción hecha de Rashleigh y de miss Vernon, abatia más con el peso de su carga el demonio del fastidio.

Mi contratiempo de la vispera tuvo el don de divertir, durante algunos minutos, á sir Hildebrando, quien me felicitó por haberme librado de la cárcel, como lo hubiera hecho por haber errado el salto de una valla sin romperme la crisma.

— ¡Tienes mucha suerte, muchacho, pero sé menos temerario en lo sucesivo! ¡Qué demonio! Todo el mundo, whig ó tory, puede transitar por los caminos reales.